

Crítica de Arte

Arte contemporáneo italiano

Un acontecimiento de verdadera importancia lo ha constituido la Exposición de Arte Italiano Contemporáneo celebrada en las Salas del Museo de Bellas Artes.

Debido a la iniciativa feliz del pintor Pietro Zuffi, joven artista de aquella nacionalidad y que por algún tiempo residió en Chile, en donde celebró algunas exposiciones de sus obras, se ha podido ver en Santiago un conjunto admirable de telas de los pintores y escultores italianos más conocidos.

Esta exposición ha revelado un resurgimiento fecundo y potente de la plástica del viejo país europeo. Y ha demostrado, sobre todo, que la sensibilidad italiana sigue viva y atenta a la evolución de los estilos y escuelas.

Nombres como los de Giorgio de Chirico, Carlo Carra, Severini, Morandi, Sironi y Camigli y otros menos conocidos, son más que suficientes para constituir el núcleo fundamental del movimiento estético de un gran país.

Queremos, sin entrar en detalles, puesto que ello ya ha sido hecho abundantemente en la prensa diaria, dejar estampadas en estas páginas algunas consideraciones de carácter general.

* * *

«Todo lo que no es tradición es plagio». Nunca habíamos comprobado con la penetrante exactitud que ahora el sentido de este sagaz aforismo d'orsiano.

En efecto, ante el admirable conjunto de estas obras se advierte en su plenitud escueta la fuerza potencial e inminente de la tradición de los grandes maestros.

Hablando de cosas de pintura con alguien ducho en estos problemas y sensible sobre todo a la irradiación de la estética más pura, nos decía; «Yo sabía que la pintura auténtica no era lo que hasta ahora veía. ¿Pero dónde estaba esa clase de pintura? ¿En qué lugar del globo se escondía?

Estos italianos—prosiguió—están dando una lección profunda de lo que debe ser la pintura. La imitación de esto es lo falso; su exageración es caricatura, deformación o búsqueda inconsciente de lo extremado».

Palabras que, en puridad, nos bacen pensar en las frases de Eugenio d'Ors. Los franceses llaman a la caricatura *charge*. Es decir, carga, acentuación exagerada de los rasgos, recargamiento de los elementos formales.

Así nuestros jóvenes pintores tienen tendencia también a exagerar los rasgos formales, superficiales. Y olvidan penetrarse del espíritu y captar en él lo permanente y sustantivo. Imitar a Cézanne, pongamos por caso, parece fácil: aproximarse a él en pura fraternidad espiritual y comprensiva es ya más difícil.

Esto último implica meditación y madurez mental. Pese a lo que hay en esta exposición de afrancesamiento, en ella puede verse una corriente sutil e inmaterial que nace en los grandes *primitivos* para regir aquellos elementos sustantivos a que hemos hecho referencia.

Y es aquí en donde reside y se afinca la lección permanente de esta pintura. Los pintores italianos no han querido renunciar a la tradición del gran arte del *quattrocento* y del Re-

nacimiento. Y no han renunciado porque en ella hay una noble docencia manual y al mismo tiempo más sensibilidad moderna de lo que creen algunos ingenuos y advenedizos cultivadores de la paradoja crítica.

Si observamos *Héctor y Andrómeda*, de Giorgio de Chirico, nos daremos cuenta de inmediato de que nos hallamos más cerca de Giotto de lo que parece.

Es así, en definitiva, como a nuestro parecer debe entenderse la tradición. El naturalismo frío en que caen los paisajistas de la Cordillera con sus eternos verdes sin calidad y su visión desmedrada de la naturaleza, no es tradición: apenas cultivo de la cromotipia.

Leonardo, que nos es de ahora, dijo, entre otras muchas cosas admirables que *la pittura é cosa mentale*. Tal definición no necesita ser aclarada. Pero debería de ser meditada por quienes creen que el arte debe rehuir la elaboración razonada y sus conexiones con la mente.

Las obras traídas a Chile en buena hora por Pietro Zuffi se apoyan fuertemente en dos pies. De un lado la elaboración lógica, inexorable, matemática. De otra, el *oficio*. Por eso estas telas dan al que las contempla con ojos lúcidos esa total sensación de equilibrio, recordando, al mismo tiempo, el aporte genial de los maestros del pasado.

El *oficio*, es decir, el lenguaje expresivo que hablan estos artistas, es de una elocuente claridad, sin retóricas y sin artificios falseados y, especialmente, sin caricatura.

La venida a Chile de tan admirable conjunto servirá para que muchos comprendan el sentido de la verdadera pintura y para que se convenzan de una vez de que el arbolito, la quebrada o el manojito de flores no debe ser nunca el *fin* del arte, sino a lo más un pretexto de acordes cromáticos, de ritmos o de arabescos. Asimismo se podrá advertir que la pintura, como la música, la arquitectura o la poesía es algo autónomo y al mismo tiempo muy ensamblado a las demás artes.